

## CAPÍTULO DUODÉCIMO

Excursiones por la ciudad de Nápoles.—La ribera de Santa Lucía.—La *Strada* del Gigante.—La Plaza del Plebiscito.—San Francisco de Paula.—Un incidente.—El Palacio Real.—El Museo Borbónico.—La Biblioteca nacional.—Monumento en *Trinitá-Maggiore*.—El *Gesú Nuovo*.—La Virgen de Guadalupe.—Santa Clara.—Santo Domingo el mayor.—La Capilla de San Severo.

**P**ECORRIENDO Nápoles en nuestras excursiones á la ligera, en el corto tiempo de que podíamos disponer, no veíamos las cosas con la detención que hubiéramos deseado, y consiguientemente no podemos hacer de lo que vimos relaciones minuciosas. Con el deseo de ver lo más que fuese posible, nos contentábamos con admirar á primer golpe de vista los lugares y los edificios.

Saliendo del hotel del Vesubio en que estábamos alojados un buen número de romeros, comenzamos nuestras visitas dirigiéndonos al centro de la ciudad por la ribera de Santa Lucía á la orilla del mar. Allí teníamos ocasión de observar las antiguas costumbres napolitanas, en esa larga hilera de tiendas al aire libre, que en México llamamos *puestos*, para la venta de mariscos y para el expendio de refrescos. En los primeros se encuentra en cada uno al napolitano de otros tiempos voceando estrepitosamente su mercancía: en los segundos, una muchacha de no mal parecer, vestida con el sayo y el corpiño de antaño, dirige sus invitaciones al transeunte para que llegue á refrescarse. Están aquellas generalmente sentadas sobre una silla elevada como á la altura de un metro sobre el nivel de la banquetta, para hacerse perfecta-



mente visibles de los que pasan. Los bebedores se agrupan al rededor de la mesa, quedando en el centro la muchacha á quien de ordinario se dirijen las conversaciones.

De Santa Lucía se pasa á la *Strada* del Gigante, que toma su nombre de una soberbia fuente monumental compuesta de una elegantísima portada, debajo de la cual se halla colocada sobre un plinto de mármol la estatua colosal de Neptuno recostado y en una posición admirablemente artística.

Volteando á la izquierda de esta calle, á poco andar se llega á la gran Plaza del Plebiscito, seguramente la más hermosa que tiene Nápoles. La forma de esta plaza es de herradura. En el semicírculo del fondo se descubre la gran fachada de la iglesia de San Francisco de Paula, unida por cada lado con un elegante pórtico de gruesas columnas de granito. Contiguos á cada una de estas galerías hay dos palacios, uno en frente del otro. A la izquierda el en que se halla la Prefectura de la ciudad, y á la derecha el de la Comandancia militar. Frontero á la iglesia se alza majestuoso el soberbio palacio Real, magnífico edificio de grandes proporciones. En el centro de la plaza, una sencilla pero amplísima fuente, está alimentada por un gran surtidor que hace saltar el agua á considerable distancia en la forma de un brillante cono. Delante de cada uno de los pórticos y á los lados de la fachada principal de la iglesia, se destacan dos soberbios monumentos coronados con estatuas ecuestres de tamaño colosal, la de la derecha representa á Carlos III y la de la izquierda á Fernando I.

No puede pasarse adelante, sin detenerse á contemplar los edificios principales de esta magnífica plaza. La iglesia de San Francisco, es sin duda uno de los más hermosos templos modernos. En su exterior es muy semejante á la rotunda de Roma llamada Pantheón de Agripa, y en el interior igualmente se encuentra mucha semejanza entre los dos templos. Con esto queda dicho que San Francisco de Paula es uno de los más espléndidos, más grandes y majestuosos de la época. Podríamos aventurar la opinión de que en el interior supera el edificio napolitano en riqueza de ornamentación y en

elegancia, al mismo Pantheón de Agripa. El peristilo jónico, se compone de seis grandes columnas de mármol y dos pilares, sobre los que descansa un ático igual en la forma y proporciones al del Pantheón. En el interior está adornada la rotunda por 30 columnas corintias de mármol Mondragón, de 53 metros de altura por un diámetro proporcionado al estilo. La cúpula es la más grande que hay en Europa, después de San Pedro de Roma y Santa María del Fiore en Florencia. En los nichos que adornan los intercolumnios, están colocadas ocho grandes estatuas de mármol también, que representan á los cuatro evangelistas y á los cuatro doctores máximos de la Iglesia. La gran bóveda está cerrada con una cúpula de cristal con armadura de hierro. El templo se halla enriquecido además, con siete grandes cuadros de pinturas que sirven de fondo al altar mayor y á otros seis altares que se hallan contruidos en los espacios que dejan libres las dobles columnas que sustentan la gran cornisa que recibe la cúpula.

Espléndido estuvo Fernando I de Borbón, en el cumplimiento del voto que dió origen á la construcción de este magnífico edificio, en los años de 1817 á 1832, bajo la dirección de Bianchi di Lugano. ¡Tiempos felices, en que los reyes de la tierra así cumplían las promesas que hicieran al Rey del Cielo en reconocimiento de sus beneficios!

Permítasenos consignar en breve digresión un incidente de nuestra visita á este hermoso templo de San Francisco de Paula, yendo acompañados del excelente Sr. Abarca, canónigo de Morelia. En una capilla anexa á la iglesia, se practicaba el ejercicio del Mes de María. Sobre una plataforma vestida de rojo predicaba un sacerdote. En Italia, en esta clase de ejercicios, no es costumbre que el orador predique en el púlpito. Se arma un tablado á la manera de los *rostra* de los antiguos romanos; allí se coloca un sillón; el predicador dirige la palabra desde ese lugar unas veces sentado, otras en pie; otras se pasea recorriendo el tablado, que no tiene menos de tres metros de largo. En esta última actitud encontramos al sacerdote en los momentos en que entrá-



bamos en la capilla. Permanecimos un rato escuchándole, ó más bien dicho, mirándole, porque ni el Sr. Abarca ni nosotros estábamos bastante fuertes en el italiano para poder *tomar sustancia* al sermón. Sin embargo, nuestro ilustrado compañero estuvo un largo rato sin pestañear, colgado, no de los labios, sino de los movimientos harto precipitados del orador. Salimos, y deteniéndonos en el pórtico exterior para encender un tabaco, el Sr. Abarca nos dijo:

—Sabe usted que aun cuando mucho se elogia la elocuencia de los italianos, á mí no me agrada la mímica que emplean algunos sacerdotes en el púlpito.

—Yo creía por el contrario, repusimos, que estaba usted complacido asistiendo al sermón, y aun suponía que el orador decía cosas buenas que yo no entendí y usted comprendía mejor que yo, con más conocimiento del idioma.

—No, amigo mío, tampoco soy fuerte en el italiano; estaba simplemente observando la gesticulación y los movimientos del orador, que me llamaban la atención más que sus palabras, que no todas las entendía.

Estábamos en este punto de nuestra conversación, cuando vimos que un agente de policía se acercaba al coche que nos había conducido, y hablaba con el cochero. Observamos que el auriga levantaba la voz y señalaba con las manos al sitio en donde nos hallábamos. Comprendimos que en algo se refería á nosotros aquello que parecía una acalorada discusión, y nos aproximamos al grupo. Pronto nos enteramos de que el agente del orden público reclamaba al conductor del coche por haber llevado el vehículo hasta el frente del gran pórtico, infringiendo alguna disposición del reglamento de policía. Lo que primero fué una simple intimación para retirar el carruaje, debido á la actitud del cochero, se convirtió en el requerimiento de seguir al gendarme á la comandancia de policía. El auriga resistió apostrofando con dureza al agente, y no consiguiendo que éste desistiera de su pretensión, corrió á tomar iglesia, dejándonos á nosotros en el carruaje al cual nos había obligado á subir. A poco salió del templo acompañado de una especie de sacristán ma-

yor, quien dirigiéndose al gendarme trató de disuadirlo de su intento. Fué ineficaz esta diligencia, y entonces el cochero volvió nuevamente á meterse en la iglesia. A pocos minutos regresó en compañía de un sacerdote vestido con insignias de Monseñor, quien desde luego se dirigió al gendarme defendiendo al conductor. Este, sumamente exaltado, interrumpía al eclesiástico arrebatándole la palabra; el comisionado de la policía se exaltaba también; la gente se fué reuniendo en gran número. Nosotros, desagradados ya de aquella escena, descendimos del coche invitando al Sr. Abarca para que nos siguiese. Pusimos en las manos del cochero una moneda que importaba el alquiler del carruaje, y nos preparamos á retirarnos. El Sr. Abarca, que nos había seguido maquinalmente á bajar del coche, se detuvo delante de los contendientes.

—Señor, le dijimos, vámonos de aquí. Estamos dando la función de valde y nos exponemos además á que el gendarme quiera cargar con nosotros también á la comandancia.

—Espérese usted, amigo, nos contestó con deliciosa flemma nuestro compañero. Estoy encantado de la elocuencia de este buen auriga. Veremos en qué para ésto.

Trabajo nos costó separar de aquel sitio á nuestro amigo. Cuando lo conseguimos y echamos á andar á pie, logrando con dificultad salir de aquel grupo de gentes en cuyo centro nos hallábamos metidos, el Sr. Abarca nos decía lleno de satisfacción:

—Es necesario hacer justicia á la reputación de estos italianos en materia de elocuencia. La del cochero me ha dejado satisfecho: estoy verdaderamente asombrado de haberlo visto defenderse.

El Sr. Abarca siguió discurriendo graciosamente sobre los recursos empleados por aquel hombre para librarse de la intervención del gendarme. No habíamos recorrido quinientas varas, cuando el cochero nos alcanzó y deteniendo su coche nos invitó nuevamente á que subiésemos.

—¿Cómo arregló usted el asunto? le preguntamos.



—Todo se redujo á una pequeña multa que pagué, y no fué á la comandancia.

La elocuencia del conductor, unida á la del dinero, habían triunfado de los reglamentos de policía. Los italianos quedaban, en concepto de nuestro compañero, en su acreditada reputación de hombres elocuentes, á pesar de las observaciones que había hecho momentos antes respecto del predicador.

El Palacio Real es el otro edificio que cierra la Plaza del Plebiscito. El Virrey, Conde de Lemos, título que inmortalizó nuestro Miguel Cervantes, hizo construir en 1600 este grandioso monumento, una de las obras más notables del célebre Domenico Fontana. La fachada principal consta de tres órdenes de pilastras, correspondiendo á diversos estilos, coronadas de una elegante cornisa. La extensión de la fachada es de 137 metros y su altura de 29. Solamente esta parte del edificio queda sin alteración de la obra de Fontana. Lo restante del Palacio ha sufrido importantes modificaciones, principalmente después del incendio que sufrió en 1837. La hermosa y grande escalera de mármol que conduce á los departamentos de etiqueta, abajo de la cual están las dos estatuas colosales del Ebro y el Tajo, fué concluida en 1859. Por el lado que mira á la plaza de San Fernando, el Palacio tiene un bellissimo jardín cercado con una soberbia balaustrada de fierro. La entrada principal está adornada con dos admirables caballos de bronce, que Nicolás I de Rusia regaló á Fernando II.

No es posible detenerse en la descripción minuciosa de este palacio, porque él encierra bellezas tales y en tal número, que habría necesidad de consagrarles algunos capítulos. Haremos mención de lo más notable. En el comedor, se admiran en las paredes, grandes tapicerías de los Gobelinos, de un mérito raro y de gran valor. En la sala de espera hay un San Bruno original de Rivera. En otra sala contigua á ésta, se ven tres magníficos cuadros; un San Juan Bautista de Güido Reni, un Jesús entre los Doctores del Caravaggio, y un Sueño de San José por el Guercino. En la sala del

Cuerpo diplomático, hacen la admiración de los inteligentes, las tapicerías que cubren las paredes, y cuatro soberbios jarrones de porcelana de Sèvres. La sala del Oratorio, que tiene á un lado una pequeña capilla, encierra dos preciosos gueridones de Sèvres y tres cuadros notables, un Orfeo del Caravaggio, un retrato de Alfonso de Aragón por el Ticiano, y la Magdalena del mismo autor. La gran sala de los Coraceros del Rey, está adornada con grandes tapicerías de los Gobelinos, de extraordinario mérito. En la mayor parte de los salones hay en los techos bellísimos frescos de autores napolitanos, obras de arte dignas de ser estudiadas detenidamente, sobre todo en la sala de baile, que es la más amplia y mejor decorada. En todas las otras salas que se permite al público visitar, hasta el número de quince, no escasean las obras de arte de exquisito mérito. Los muebles de todo el palacio no tienen nada de extraordinario, ni llaman la atención por su riqueza.

Saliendo del Palacio Real, se dirige el viajero por la vía Roma al espléndido museo llamado hoy Nacional, conocido de mucho tiempo atrás por el Museo Borbónico.

La sola enumeración de los objetos principales que encierra este museo, uno de los mejores del mundo, forma un grueso cuaderno que se expende en el mismo edificio al entrar. ¿Cómo había de pretender el cronista de la Peregrinación describir, siquiera fuese lo más notable que encierra en sus departamentos? Será necesario limitarse á dar una idea general de las colecciones que contiene.

El gran Vestíbulo, está adornado con dos grandes estatuas colosales que representan, una á Alejandro Severo y otra al Genio del pueblo romano. Ocho estatuas de menor tamaño colocadas en los laterales dan á conocer á otros tantos cónsules de la antigua Roma. Diez y seis columnas de verde antiguo completan la inestimable decoración del soberbio Vestíbulo.

Entrando en los departamentos, á la derecha, se encuentra el visitante en medio de las salas de pinturas sacadas de Pompeya y Herculano. Frescos de un valor inapreciable,



aquellas pinturas nos muestran el colorido y el dibujo antiguo en su ejecución más perfecta. Paisajes, escenas mitológicas, animales, frutas, etc., son los asuntos de aquella colección, que puede decirse única en su género en el mundo. En esta colección está comprendida una sección preciosísima de valiosos mosaicos también antiguos, que dan idea muy elevada del grado de perfección á que tan difícil arte llegó en las remotas épocas á que pertenecen aquellas magníficas obras.

Otra colección no menos estimable encierra el Museo napolitano, las inscripciones griegas y latinas. De las primeras hay 101, y las segundas son como dos mil, siendo el menor número el de las cristianas.

En diverso departamento existen otra multitud de inscripciones cristianas encontradas en las Catacumbas de Nápoles, de Capua, de Pouzzoles y de Roma. Allí mismo se hallan muchos y muy curiosos monumentos egipcios, como estatuas, amuletos, escarabajos, relieves y fragmentos de sarcófagos. Hay también algunas momias antiquísimas.

La colección de estatuas antiguas es de lo más rico que pueda tener museo alguno en el mundo, sin exceptuar los de Roma. Se hallan con separación los broncees de los mármoles. En unos y otros se encuentran preciosidades indescribibles. Es aquello una numerosísima población de dioses, de emperadores, de filósofos, de hombres célebres, de animales, una inmensidad de utensilios de guerra, de grandes vasos, de fuentes, de sarcófagos. . . . Con el catálogo en la mano se emplearían muchos días en examinar uno por uno todos los objetos que encierra esta abundantísima colección, que se halla reunida en los departamentos de la izquierda en el piso bajo.

Subiendo la gran escalera, que en la actualidad están revistiendo de mármol, se entra en otros salones en donde se exhiben diversas colecciones, de las cuales daremos una ligera idea. Un salón contiene frescos encontrados recientemente en Pompeya; otro, infinidad de objetos de barro cocido de la misma procedencia: otro, encierra curiosidades artísti-

cas de la India y de la China, este contiene multitud de objetos de vidrio encontrados en Pompeya y Herculano; aquel, comestibles y otros artículos de cocina sacados de las excavaciones de las mismas ciudades: más allá se entra en la sala de los papiros, en cuyos armarios hay más de 3,000 rollos carbonizados; adelante se encuentra el visitante con la infinidad de piezas de joyería en oro y plata descubiertas igualmente en las ruinas mencionadas: entre estas joyas se detiene el viajero á examinar la sorprendente sección de camafeos representando asuntos mitológicos, que no tiene igual en ningún museo. Saliendo de estos salones, no puede omitirse la visita á otros cuatro en que se exhiben los ejemplares de monedas originales, de todas las naciones, de todas las épocas, del mundo. Las hay arábicas, judías, púnicas, chinas; las hay griegas y romanas; las hay de la edad media y de los tiempos modernos. El conjunto de esta preciosísima colección de numismática, asciende á la cifra increíble de 80,000 piezas.

Después de visitar todas estas salas, es conducido el viajero á las galerías de pinturas. Imposible dar idea de lo que contienen estos riquísimos departamentos del museo de Nápoles! Baste decir que allí se encuentran obras de Fontana, de Caraccio, de Guido Reni, del Guercino y del Caravaggio en la escuela de Bolonia; del Bronzino, del Vasari y Botticelli en la de Toscana; de Zingaro y de Lama en la escuela napolitana más antigua, y de Giordano, Salvator Rosa, Spagnoletto, Spadano y Coppola en la de los siglos del XVI al XVIII. No se extrañarán en aquella colección de pinturas grandes cuadros de Alberto Durer, de Müller y de Van-Dyck en la escuela alemana y de Rembrand y Rubens en la flamenca.

Y no acaban aquí las preciosidades del Museo Borbónico. Todavía quedan por visitar dos importantes departamentos. Uno es el de los broncees de Pompeya y Herculano, en el que se ven más de 1,300 objetos de este metal, en utensilios domésticos, de artes, de agricultura, muebles de diversas clases, como sillas, camas, bancas para jardín, tripiés, cajas, cepos



para los condenados, balanzas, linternas, lámparas y candelabros; gran cantidad de recipientes para diversos líquidos; objetos para el servicio del culto; instrumentos de música y de cirugía; arneses de caballo y otra multitud de cosas curiosísimas encontradas la mayor parte en las ruinas sepultadas debajo de las cenizas del Vesubio.

En este departamento se visita Pompeya en un plano de bulto formado de corcho con exactitud matemática en la escala de una centésima parte del tamaño verdadero. Es un trabajo ejecutado con perfección admirable.

El otro departamento á que aludíamos es el llamado "de los vasos." Los hay romanos, itálico-griegos; los hay egipcios, los hay etruscos y greco-sicilianos, los hay pequeños y medianos, y de un tamaño colosal. La mayor parte son de barro cocido, perfectamente conservados; pero no escasean los de alabastro y de otras materias preciosas. En la pintura y ornamentación de esta abundantísima colección de vasos, que pasa de cuatro mil piezas, la arqueología y la historia han enriquecido con interesantes y curiosos datos.

En la segunda de las salas de este departamento está el piso cubierto con el soberbio mosaico que adornaba el pavimento de una de las salas de la casa de Diomedes en Pompeya. En la quinta sala hay otro mosaico que perteneció al palacio de Tiberio en Capri.

Y aun no se agotan los tesoros del Museo de Nápoles. Quedan todavía por visitar tres salas, que forman la llamada Colección Santangelo, en donde se admiran otros muchos centenares de vasos antiguos, lacrimatorios, ídolos, urnas cinerarias, extraídos de las ruinas ó sacados de las excavaciones de Lucania, de Campania, de Etruria. . . . Por último, completan esta riquísima sección, dos admirables colecciones, una de medallas modernas de oro, plata y bronce, representando Papas, soberanos y personajes célebres, y la otra de numismática antigua, conteniendo esta sola más de cuarenta mil piezas.

Tres visitas durante largas horas apenas bastaron para darnos cuenta de lo que encierra el Museo; que para examinar

despacio los objetos y formarse una idea exacta de las cosas principales, no habrían sido suficientes tres meses. La arquitectura, la escultura, la pintura, la cerámica, la numismática, la arqueología y la historia tienen allí tanto que admirar y tanto que estudiar, que no alcanzaría la vida de un hombre para escribir el resultado de un estudio serio y detenido que se hiciera sobre todos y cada uno de los objetos que guarda el Museo napolitano.

Y queda todavía por visitar otra serie de departamentos que superan tal vez á todos los anteriores, y no se podría examinar en muchos años; la Biblioteca Nacional. Quince salones, de los cuales el primero es uno de los más amplios que hay en el mundo y puede contener cómodamente hasta 800 lectores; quince salones que encierran 300.000 volúmenes, y entre estos 6.000 manuscritos con autógrafos tan preciosos como los de Santo Tomás de Aquino y el Tasso, y ediciones inenabables como la Biblia de Maguncia (1462) y la Biblia Alfonsina, impresa por Alfonso de Aragón con sus propias manos, y copias antiguas tan venerables como las Cartas de San Jerónimo, escritas en el siglo VII, y la Historia natural de Plinio, y mil escrituras é impresiones curiosísimas, y mil y mil obras escritas en todos los idiomas del mundo. ¡Y no haber podido consagrar siquiera unos días á la visita de tan importante establecimiento! ¡Y salir de aquel edificio acaso para no volver á visitarlo, sin haber podido hacerse cargo de lo que contiene! Solamente la consideración de que se va á Nápoles de paso para Roma y la expectativa de lo que se ha de ver en la capital del cristianismo, puede consolar al viajero de la pena que le causa alejarse de la antigua Parthenope sin visitar detenidamente las maravillas que encierra.

Con la precipitación con que vimos lo que va referido, continuamos recorriendo los otros edificios y monumentos que más llaman la atención. Preciso es detenerse en *Trinitá-Maggiore* delante de un soberbio monumento de mármol de Carrara que se halla en el centro de aquella plaza. Es una especie de obelisco elegantísimo superado por una bellísima



estatua colosal de la Virgen y decorado de la cúspide á la base con extraordinaria riqueza de esculturas en bajo y alto relieves y en estatuas, todo de admirable ejecución. Este monumento data de 1748, y está perfectamente conservado.

Frente al obelisco se abre la entrada á la iglesia del *Gesú Nuovo*. El interior de este gran templo en forma de cruz semi-griega está ricamente adornado de mármoles, de decoraciones y de pinturas. Arriba de la puerta de entrada hay en la pared un gran fresco que representa á Heliodoro arrojado del templo, vasta y atrevida composición y una de las mejores obras de Solimena. La hermosa cúpula con la gloria del Paraíso admirablemente ejecutada por Lanfranc fué destruida por un terremoto y al ser reedificada la pintó Pablo de Matteis, conservándose solamente de Lanfranc los cuatro evangelistas de las esquinas, que permanecieron intactos. A los dos lados del crucero hay dos capillas primorosamente decoradas, una consagrada á San Francisco Javier y la otra á San Ignacio; en esta última admiran los inteligentes los soberbios frescos de Rivera conocido por el *Spagnoletto*. El altar mayor es obra moderna de gran estimación, dirigida por el padre jesuita Grossi: está adornado con incrustaciones riquísimas de ágata, de jaspe, de lapislázuli, de amatista, de malaquita y otras no menos preciosas, y lo decoran además hermosos relieves de bronce dorado.

Para los mexicanos católicos la iglesia del *Gesú* tiene un atractivo particular, por venerarse allí nuestra Patrona Santa María de Guadalupe. En la segunda de las capillas á la izquierda entrando, recibe el mexicano la agradabilísima sorpresa de encontrar colocado en el altar principal un cuadro como de dos pies de tamaño, que representa en una buena pintura al óleo á la Virgen del Tepeyac. Abajo de la Imagen se lee una inscripción latina, que traducida al castellano dice así.

“Verdadera imagen de la Virgen Santísima milagrosamente aparecida entre flores en el Reino de la Nueva España el 12 de Diciembre de 1531 sobre la tilma de un indígena.”

Como la capilla está cerrada con una verja de bronce, no pudiendo resistir al deseo de acercarnos al altar, rogamos al sacristán que nos abriese, y penetrando en el interior arrojámonos para orar un rato á los pies de la Santa Efigie. Si grato es ver compatriotas en tierra extraña, mucho más es venerar la Imagen de María en su advocación nacional siendo objeto de culto en tierra extraña á millares de leguas de la Patria. Por otra parte, el reconocimiento del milagro de la Aparición, consignado en el extranjero en una inscripción antigua, como que robustece nuestra piadosa creencia y halaga dulcemente el sentimiento nacional.

No lejos de esta magnífica iglesia se halla otra, Santa Clara, célebre por las tumbas que encierra de los Angevinos y de los Borbones. Roberto el Sabio la hizo construir en 1330. Fué restaurada en 1752. Vasta y majestuosa, rica en frescos y dorados, mide 81 metros de largo por 32 de ancho. Presenta más bien el aspecto de una gran sala que de iglesia. Los frescos más preciosos de su única nave son, la reina de Saba visitando á Salomón, el Arca trasportada al Templo y la dedicación de éste. Arriba del coro que está sobre la puerta de entrada hay una pintura al óleo que representa al rey Roberto visitando los trabajos de construcción de la iglesia. Las capillas, con excepeión de la de los Borbones, no ofrecen nada de notable fuera de las tumbas y sarcófagos antiguos que contienen. La expresada capilla de los Borbones, cerrada con una puerta de bronce, guarda los sepulcros de seis hijos de Carlos III, el de Fernando II de Borbón y el de María Cristina de Saboya, su mujer. Este último sarcófago es objeto de gran veneración para los católicos napolitanos. Cristina murió en olor de santidad y se trata de su beatificación. Detrás del altar mayor hay varias tumbas de reyes Angevinos, pero la más notable, la que excita la admiración del viajero es la de en medio, en donde está sepultado el célebre Roberto, que murió en 1343. Es un suntuoso mausoleo de mármol blanco, estilo gótico; mide 13 metros de altura. En el cuerpo principal está representado Roberto en su doble carácter de rey y de monje franciscano. Es dig-